



AÑO II

← BARCELONA 12 DE FEBRERO DE 1883 →

NUM. 59

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

REVISTA DE MADRID, por D. Pedro Bofill.—NUESTROS GRABADOS.—CENIZA, por D. Benito Mas y Prat.—LA MESA REDONDA, por D. Fernando Martínez Pedrosa.—CRÓNICA CIENTÍFICA, *Distancias celestes*, II, por D. José Echegaray.—NOTICIAS VARIAS.—NOTICIAS GEOGRÁFICAS.

GRABADOS.—RETRATO DE GUSTAVO DORÉ.—EN EL CORSO, cuadro por M. Lovatti.—LÁMINAS DE LAS «FÁBULAS DE LA FONTAINE», dibujadas por Gustavo Doré.—REPRODUCCION DE UN GRABADO SOBRE ACERO, dibujo de Gustavo Doré.—Lámina suelta: BERLIN Á VISTA DE PÁJARO.

REVISTA DE MADRID

Un aviso útil de la *Correspondencia*.—Novela de las jóvenes sensibles.—¡Otro Paco!—Aventuras de Boito en Toledo.—Su gratitud hacia España.—Los *Sucesos ilustrados*.—Competencia.—Un crimen artístico.—Las *Esculturas de carne* y Carnestolendas.—Conciertos de cuaresma.—D. Victor Balaguer en la Academia de la Lengua.—La escalera de *Cabeza de chorlito*.

La cuaresma empieza con la parábola del hijo pródigo. La broma más terrible del Carnaval habrá recaído sin duda alguna en esos pobres padres que en la seccion de

Avisos útiles de la *Correspondencia* han reclamado á su hijo con una sobriedad de palabras tierna y lastimosa.

No le dicen más que esta frase:

«Paco, ven, tus padres te perdonan.»

Pero de ella se deduce una historia doméstica, un drama de familia, que cada cual ha reconstruido según su imaginación, su temperamento, y su blandura ó dureza de alma.

Las jóvenes sensibles y nerviosas, las que creen en el romanticismo del amor, las que fabrican castillos en el aire,



GUSTAVO DORE, fallecido en Paris el 23 de Enero

las que ven lo que no existe materialmente, las quiméricas, las soñadoras, las enamoradas, las casaderas, han imaginado, con la *Correspondencia* en la mano, una novela de folletín más interesante que las que publica el mismo periódico en el cuarto bajo de su hoja.

Para ellas, no cabe duda, ese *Paco* se hallaba temporalmente separado de sus padres por alguna cuestión de amor.

—¿Quizá es rico, y haya querido, á disgusto de sus padres, enlazar su porvenir con una pobre!

—¿Eso es una tiranía! —añaden las jóvenes sensibles. Afortunadamente los padres perdonan. Pero, ¿llegará el perdón á tiempo? ¿Con tal de que *Paco* no haya hecho una atrocidad! ¿Estará en Madrid?... Tal vez haya pasado hoy cerca de mí... ¿Dios mío!... ¡qué idea tan horrosa!... ¿se habrá suicidado?

Los matrimonios que tienen familia habrán considerado la pena de esos papás teniendo que hablar á su hijo por medio de la *Correspondencia*, y en la sección de *Avisos útiles*, en competencia con los artículos de joyería.

—Bien pensado, —dice un padre bonachón y de costumbres morigeradas, —¡buena joya será el tal hijo cuando no corre á tranquilizar á sus padres!

—No lo habrá leído, hombre, no lo habrá leído, —dice la madre tratando de atenuar la culpa de aquel hijo ni más ni menos que si se tratase del suyo propio. ¿Tú crees que la *Correspondencia* es algún teléfono?

Lo cierto es que todos los lectores del periódico se han fijado en ese aviso y han dejado caer melancólicamente sus miradas sobre aquellas letras.

Y todo el mundo se ha preguntado: —¿*Paco*!... ¿Quién será *Paco*?... ¿Qué habrá hecho *Paco*?... ¿Dónde estará *Paco*?

Hay que señalar un progreso. Hace un año escasamente que el *Paco* de moda en Madrid era un perro.

Estamos en plena cuaresma; y no sé si con objeto de ponernos bien con Dios ó por mera cortesía artística hemos despedido al maestro Boito, autor de una ópera del diablo que se llama *Mefistóteles*.

Vino expresamente el Sr. Boito de Milán á Madrid para ensayar y presenciar las representaciones de su obra.

Éxito, no le ha faltado. Todas las noches le han hecho salir varias veces á las tablas, y el día antes de marcharse le han regalado una corona de oro.

El autor del *Mefistóteles* sale de Madrid con un gran cariño y un gran respeto hacia sus moradores.

Cada cual habla de la feria según le va en ella, dice el refrán; y á Boito le ha ido perfectamente.

Así es que todavía le sobró entusiasmo para repartirlo entre las preciosidades artísticas de Toledo.

Fué á ver la ciudad imperial, y quedó encantado, maravillado, ante las bellezas góticas que contiene.

Pero aún le produjo mayor maravilla lo siguiente:

El compositor Boito se veía objeto de una simpatía extraordinaria. En las calles lo señalaban con el dedo y le hacían reverentes saludos, en tanto que algunos exclamaban:

—¡Ha variado mucho!... ¡Parece que no es el mismo!

Al dejar el tren y tomar el ómnibus para subir á la plaza de *Zocodover*, notó el maestro Boito que el conductor del carruaje le hacía una seña amistosa de esas que quieren decir:

—¡Ya hace tiempo que no nos habíamos visto!

Después el fondista le recibió con los brazos abiertos.

—Será filarmónico, —pensó Boito.

Y el ilustre compositor acabó de comprender toda su importancia en Toledo al ver que hasta los sacristanes y acólitos de la catedral le sonreían familiarmente.

Uno de ellos le dijo al enseñarle un cuadro que representaba á Jesús andando sobre las aguas:

—¡Usted sí que nada admirablemente!

Boito no comprendió bien las palabras; pero sí la galantería, que fué pagada con una buena propina.

En la calle había aumentado la multitud. Una corriente humana dirigíase hacia el Tajo. ¿Qué pretendían?... ¿Qué esperaban?

Ya es hora de decirlo. Le habían tomado por otro. Habían creído que era el capitán Boyton, intrépido nadador norte-americano que hace algunos años hizo el viaje por el Tajo desde Toledo á Portugal con un aparato de su invención, mediante el cual podía descansar, comer, beber, fumar en medio del curso del río.

El desencanto de los habitantes de Toledo fué grande al saber que el huésped que tenían en su recinto no era un nadador de fama.

—¡Ah!... pero es muy rico, exclamaron algunos. Dicen que tiene un *Fausto*... admirable.

El compositor italiano sale de Madrid, llevando gratísimos recuerdos. Como es poeta á la par que músico, ha adquirido una colección completa de nuestros autores clásicos y ha empezado desde luego á entusiasmarse con Calderón que es el autor más musical que hemos tenido.

También el Sr. Campoamor le ha regalado todas sus obras.

Y parece que el Sr. Boito ha prometido poner en música *Eldrama universal* del autor de los *Pequeños poemas*.

No sé cómo el compositor Boito no ha salido aún tratado en todos los periódicos que ahora se publican

con objeto de dar á conocer por medio del grabado todos los hechos notables que ocurren durante la semana.

Esto es ya la manía de la publicidad llevada al paroxismo. Todos los días ven la luz hojas nuevas que ofrecen á la vista del lector miembros destrozados, escenas horribles, suicidios, asesinatos, sorpresas de mil géneros, lances, aventuras, mejor ó peor encomendadas al rápido pincel de un dibujante á destajo, y al despiadado buril que más bien parece bisturí de gabinete anatómico que instrumento para realizar belleza artística.

En este país ocurre siempre lo mismo. Hay muy pocas personas que tengan pensamientos originales y nuevos. De vez en cuando viene uno á plantar el huevo de Colón encima de la mesa, y en seguida surgen una porción de imitadores diciendo:

—Hombre, es verdad, no se nos había ocurrido. Pero puesto que otro lo hace ¿por qué no he de hacerlo yo también con igual maña y con la misma suerte?

Tal debieron pensar los que han imitado la forma y los procedimientos periodísticos de *Los Sucesos de la semana*.

Esta publicación tuvo una venta extraordinaria. Millares de números circulaban entre la gente de instrucción limitada y entre las personas que no se satisfacen con la lectura de un suceso por bien narrado que se encuentre, sino que necesitan ver, si es un crimen, por ejemplo, la cara del criminal, y si es una catástrofe ó una desgracia horrenda, contemplar las facciones y las actitudes de los que han sido víctimas de ellas.

La publicación de *Los sucesos* podía llegar á ser un bonito negocio. Mas por desgracia de sus inventores han venido posteriormente otros muchos periódicos á hacerles competencia.

Hoy son ya infinitos. Los hay hasta con cromos; y cuando todos se vocean por la Puerta del Sol, este sitio céntrico de Madrid parece una sala de clínica.

Las semanas en que no suceda nada saliente, ni extraordinario, se verán esas hojas en un grave aprieto.

No habrá más remedio que improvisar crímenes y siniestros para uso exclusivo de esa nueva industria.

Podrán oírse en las redacciones diálogos por este estilo:

—¿A ver! ¿qué ha ocurrido hoy?

—Pues, nada. ¡Cómo estamos en cuaresma parece que la gente reprime sus arrebatados instintos! ¡Ni una miserable cuchillada, ni una riña, ni un incendio!...

—¿Ha recorrido usted toda la capital?

—Todavía... ¡Madrid está tranquilo!

—Sin embargo, hay que hacer algo... ¡Podríamos ocuparnos en asuntos del teatro!...

—Sí, señor, sí; se me ocurre una idea.

—¡Venga!

—Vamos á publicar los retratos de la mayor parte de los actores que toman parte en la representación del nuevo drama de Sellés *Las Esculturas de carne*.

—Muy bien pensado... La ejecución de la tal obra es un crimen artístico que encaja perfectamente dentro del espíritu de nuestro periódico.

¡Y es la verdad! Si el nuevo drama del autor de *El nudo gordiano* se aplaude, débese la ovación tan sólo á la forma literaria de que ya dije algo en la pasada revista y á los prodigios de arte realizados por D. Antonio Vico. La obra descansa exclusivamente sobre sus hombros.

Es el único actor digno de aplauso.

A pesar de estos lunares de interpretación, todas las noches se llena el teatro de Apolo.

Principalmente en los días del pasado Carnaval la concurrencia era tan numerosa que el empresario tenía que poner sillas supletorias detrás de las últimas filas de butacas.

Con este motivo decía un admirador de Sellés:

—Así como el *Don Juan Tenorio* de D. José Zorrilla es la obra clásica del día de Difuntos, *Las Esculturas de carne* de Sellés será en lo sucesivo el drama más á propósito para ser representado en Carnaval.

—¿Por qué? —le preguntaron.

Y él contestó:

—La cosa es tan clara que salta á la vista, ¡Por afinidad de nombre!

Veán ustedes: *Esculturas de carne... Carnes... toledanas*.

La mayor parte de los oyentes tuvieron que apoyarse en la pared para no caerse de espaldas.

Era un bromazo de Carnaval con toda la fuerza de una sacudida eléctrica.

En esta temporada de ayunos y penitencias, es ya una cosa tradicional en Madrid mezclar la austeridad de nuestras costumbres con la audición de buena música.

Abrense los conciertos del Circo del Príncipe Alfonso; y todos los domingos acude allí la moda, la distinción, la elegancia, á lucir trajes soberbios, y á tributar entusiastas aplausos á la magnífica orquesta dirigida por el maestro Vazquez.

Desde allí... al confesionario; ó por mejor decir: desde allí al cielo.

Otro espectáculo propio de la cuaresma constitúyenlo las recepciones académicas.

En este mismo mes se celebrará el ingreso de D. Víctor Balaguer en la Academia de la Lengua.

Se ha encargado de contestar á su discurso el Sr. Castelar, quien según mis noticias ha terminado ya su interesante trabajo.

El tema del preclaro hijo de Cataluña es la literatura provenzal.

Y en el discurso del Sr. Castelar hay párrafos notables acerca del carácter y las condiciones de los catalanes.

He tenido la cabeza á pájaros... Me olvidaba de consignar el éxito obtenido en el teatro de la Comedia con la representación de la obra traducida del francés por Eusebio Blasco, *Cabeza de chorlito*.

Produce la carcajada continua de los espectadores.

El segundo acto, sobre todo, está planeado con un arte extraordinario.

La mayor parte de las escenas se desarrollan en una escalera.

Por aquellos escalones se va muy arriba... Súbase por lo ménos á las treinta representaciones.

Madrid 7 febrero 1883

PEDRO BOFILL

NUESTROS GRABADOS

Retrato y dibujos de Gustavo Doré

En el número anterior de la *Ilustración artística* se ocupó nuestro colaborador de París de tan insigne dibujante con motivo de su reciente fallecimiento, haciendo un ligero juicio crítico de sus dotes artísticas y enumerando algunas de las principales obras ilustradas por su diestro y fecundo lápiz. Es inútil por tanto que nos extendamos ahora en nuevas consideraciones acerca del malogrado artista, cuyos trabajos le han conquistado universal renombre, limitándonos á insertar en el presente número su retrato, fielmente reproducido de una fotografía de M. Nadar y perfectamente grabado por M. Baude, así como tres dibujos suyos, dos de ellos entresacados de la ilustración de las *Fábulas de Lafontaine*, y el tercero, fruto de su exuberante y fantástica imaginación. Estas tres láminas bastan para poner de relieve la vigorosa y original ejecución de Gustavo Doré más que cuanto pudiéramos decir en su encomio, atreviéndonos á asegurar en vista de ellas y de los demás trabajos del célebre dibujante, que, si bien sus obras, como todas las humanas, no carecen de defectos, la fama que le han valido es justa, dígame lo que se quiera, pues el que ha sabido crear una escuela por largo tiempo aplaudida y admirada, ha traspasado los límites de las medianías y colocádose á la altura de la reputación que le reconocen propios y extraños.

EN EL CORSO, cuadro por M. Lovatti

El Corso de Roma es uno de los más famosos paseos de Italia. Su emplazamiento corresponde al de la antigua *Vía Flaminia*, y hoy, como en tiempo de la Roma de los Césares, es el sitio público más frecuentado por la sociedad de buen tono. A la caída de la tarde, principalmente, los mejores trenes de la población recorren aquellas anchas calles de una media legua de extensión, dando lugar á las romanas para lucir sus galas, que valen mucho, y sus rostros hermosísimos, que valen más.

Una de estas escenas de paseo representa el cuadro de Lovatti, artista distinguido, que ha sacado el mayor partido posible de un asunto trivial. El tipo de nuestra paseante infunde las simpatías de la belleza y el respeto de la severidad; no de la severidad adusta, sino de esa hermosa prenda que tan bien sienta á la mujer y que la romana moderna parece haber heredado de las antiguas matronas que engendraron Brutos y Gracos.

No es ménos notable en ese cuadro el traje de la dama, elegante sin extravagancia y rico sin ostentación.

La actitud es natural, la expresión se transparenta perfectamente: algo llama la atención de esa joven; pero ese algo, aun suponiendo que sea una galantería de algún jinete que cabalga á la portezuela, interesa poco á la hermosa del coche. Quizás fija su mirada en alguna rival presuntuosa. En este caso, la rival debe ser poco temible: en la mirada de nuestra dama hay más de compasión que de contrariedad.

Nuestra protagonista está plenamente segura de sí misma: tanto mejor para ella si esta seguridad no degenera en vulgar coquetería.

Berlin á vista de pájaro.

Una de las ciudades europeas que más rápido desarrollo han adquirido en un espacio de tiempo relativamente breve, es la capital de Prusia, y hoy del imperio alemán. Los acontecimientos políticos ocurridos durante el presente siglo han contribuido á darle la importancia que actualmente tiene y que parece ir en creciente aumento. Agradablemente situada á orillas del Spree, encerrando en su seno una población de 1.200.000 habitantes, llena de suntuosos edificios entre los que merecen citarse el palacio real, el del príncipe Carlos y otros particulares, de magníficas iglesias, elegantes y espaciosos teatros que, como el de la Opera, tienen cabida para 5.000 espectadores, abundante en monumentos que recuerdan los hechos gloriosos de sus hijos, contando con anchurosas vías de comunicación y amenos paseos, Berlin está en fin dotada de cuantos adelantos y comodidades requiere una de las primeras capitales de Europa, no siendo ménos notable por su industria, comercio y artes.

La lámina suelta que acompaña á este número dará al lector una idea de la extensión é importancia de la ciudad á que nos referimos, juzgando inútil añadir más detalles que podrán hallarse en cualquier obra de geografía.

CENIZA

Todo se hace polvo.

Memento homo quia pulvis es et in pulverem reverteris. De lo que se deduce que el guarda-polvo es la prenda más humana y metafísica que han inventado los sastres franceses.

Todo se hace polvo, y, sin embargo, nuestro empeño en conservar al grosero barro humano su pristina forma, nos impulsa á cometer lamentables extravíos. Cubrimos sus roturas con ricas telas, damos á sus desperfectos costosos barnices, unimos sus trozos con lujosos encintados: hay hasta quien baña la vasija con oro y piedras preciosas.

Yo he contemplado un pecho de político viejo, cubierto de condecoraciones: me hizo el efecto de esos cementerios de aldea, en cuyos montículos de tierra blanda y vacilante se hundían y chocan cruces de todos tamaños.

El quiton griego, encubridor en otro tiempo de esculturas de carne y hueso, cuyas líneas trasladadas al mármol encienden aún la sangre en las arterias del sátiro moderno, guardapolvo tomado de rosas y espumas; polvo, que amasaron las Gracias con agua salada del Mediterráneo y que esparcieron las Safos y los Anacreontes á los cuatro vientos del escándalo.

De aquellas partículas de polvo, nacieron las heroínas de Juvenal y las hermosas del Parque de las Ciervas; de aquellas partículas, que salpicaron, de paso, las plumas del pavón y las alas de la mariposa, nacieron también, las bellezas reales que Zola recogió del arroyo.

¿Quién podrá acostumbrarse á la idea de que la mujer es sólo polvo y ceniza?

Habrán quien diga que hay ánforas griegas que recuerdan las redondas formas de la mujer, y que la airosa voluta jónica tiene su carnal elegancia; que hay algo en ella que se quiebra como el vidrio y la porcelana y que por algo dijo Byron: *fragility, thy name is woman*; pero, después de todo, ¿cuántos no nos han jurado que la mujer es ángel, y cuántas madres no nos han probado el aserto, permaneciendo junto á una cuna?

De esa ánfora de barro brota el rico manantial del amor materno; en esa elegante columna jónica se simboliza la virtud, que soporta un mundo.

Que la virtud se hunde; que el amor se va; que el polvo vuelve al polvo. Eso dicen, Neron, que ha crucificado á la virgen desnuda; Psiquis, que ha querido contemplar el amor á la luz de su candil impertinente y vergonzoso; Napoleon, que después de hacer el vacío en torno suyo, siente la soledad de Santa Elena.

La ceniza es trasformación, pero no negación; recuérdese el símbolo: el ave Fénix no renace de la nada, sino de sus cenizas.

Los restos de las civilizaciones que pasaron, han hecho nacer estas civilizaciones modernas, que asombran con sus avaricias y poderíos, y en las que aún vive Neron, alienta Psiquis y se cuentan napoleones.

Tras la satisfacción, el *memento*; tras la posesión el hastío; tras el Carnaval el Miércoles de Ceniza.

La locura es la última nota que alcanza el placer; por eso viene tras ella el ángel de la muerte, escondiendo el rostro entre las alas y con el dedo puesto en la boca.

Cuando he penetrado en un salón de baile en cuyo recinto se mezclan los alientos y los perfumes, los acordes y las carcajadas, los suspiros de placer y los de despecho, me he preguntado si lo que tenía ante mí era realidad tangible ó fantasmagoría caprichosa.

Pensar que todos aquellos cuerpos que se estrechan han de caer en la fosa; que todas aquellas lenguas que murmuran, han de cubrirse de microscópicos merodeadores; que todos aquellos senos redondos y mórbidos han de desaparecer como las burbujas de jabón que suelen hacer los chicos con cañutos de lata, es pensar bien tristemente: preferible es seguir al gran poeta de los Vedas, y confesar que sólo existe Brahma que se divierte consigo mismo.

He visto un boceto de Fortuny que representa una mascarada y un entierro; el cortejo fúnebre que escolta el cadáver de una pobre niña vestida de blanco ha sido sorprendido por un grupo de trasnochadores que sale de un baile de máscaras. La nieve que cae hace frío el color del cuadro; el contraste pictórico hiela la sangre en las venas. Está pintado con la espátula y parece que se ha trazado con el mango de un puñal que hería al artista con la punta, mientras brotaban las figuras del lienzo.

La vista de este boceto me inspiró los siguientes versos de mi poema *Idea de Dios*.

... Aún al recuerdo lúgubre me aterro.
Una hermosura, apenas de once abriles,
era llevada al sepulcral destierro.
¿Cuántas fueron sus gracias infantiles;
qué botín tan espléndido y preciado
iba á esperar á los gusanos viles!
Bajo el blanco ataúd, medio cerrado,
un mechón de su rubia cabellera
flotaba al viento, como airon dorado.
Era su blanca tez como la cera,
y sus manos cruzadas parecían
dos botones de almendro en primavera.

El cuadro hubiera podido titularse *La mañana del Miércoles de Ceniza*: los mascarones—género Goya—parece que se mofan de los que les miran y el cortejo fúnebre tiene en los labios el último versículo del *Miserere*.

Fortuny, no sabemos si ántes ó después de manchar este lienzo, tomó la ceniza y cambió de pinceles.

Es decir, comenzó á pintar *La Vicaría*. Hay algo que no es ceniza. Esto es más patente cuando se ven las cosas desde lejos, es decir cuando se sienten y no se tocan.

Durante la noche serena y estrellada se percibe, tras la cortina iluminada por dentro, la sombra más aérea y deliciosa; las notas del piano rompen los cristales del cierro, cual aves invisibles é impalpables, y se desparraman por la atmósfera como suspiros de amorillos: la línea que produce la sombra sobre la gasa no la hubieran podido trazar los pintores de madonnas del Renacimiento.

Y aquella sombra, sin embargo, la produce la carne, el barro humano; y aquellas notas, saltan de un tronco de árbol seco henchido de groseros hilos de metal y de pulimentados restos de colmillos de elefante. Otro trozo de materia orgánica, inmóvil como el marmolillo de la acera, siente vibrar dentro de sí aquellas notas y reproduce, en no sé qué centro misterioso y lumínico, la sombra y la luz aquellas.

Es decir, que el barro se electriza con el barro; la línea bebe la línea; el ruido brota de una profundidad para caer en otra; y en estas mutuas correspondencias, en estos efluvios y compenetraciones, sólo imaginamos una línea que pasa y un ruido que se desvanece; una retina que se impresiona y un oído que percibe la vibración de los cuerpos.

Por lo ménos esto dice la ciencia empírica, si la dejamos tomar la palabra.

Hay corazones de oro y de cieno; de pedernal y de mármol de Carrara: ¿de qué materia serán las notas, las ideas y las almas?

No todo es corrupción ni todo lodo, como dijo Arolas, después de recorrer los encantados harenos con la fantasía y de sacudir su hábito perfumado por el pebetero imaginario.

Si al describir aquellas odaliscas, que vencidas por el sueño inclinaban sus cabezas,

como el ave cuya gala
son las plumas de color
que para dormir mejor
pone el cuello bajo el ala,

despertó él mismo al són de la campana que repetía el *memento*; también debió de sentir algo de lo que no acaba ni muere, cuando leyó *el libro con páginas de estrellas* y suspiró por la beatitud, en las solemnes meditaciones de sus noches.

El Segismundo de Calderon, que se incubó en un cerebro de poeta, no para caer deshecho en polvo como el de Rodas, sino para levantarse eternamente sobre el mar humano, nos dice en uno de sus inmortales *mementos*:

Sólo á una mujer amaba,
que fué verdad creo yo,
pues que todo se acabó
y esto sólo no se acaba.

Pero descendamos.

Afirmaba yo que el guarda-polvo es una prenda metafísica, y quiero afirmar que los disfraces son guardapolvos vergonzantes.

Contaba cierto amigo mio—y no sé si al cabo puso el cuento en letras de molde—que una noche asistió soñando á un baile imposible y estrambótico.

En este baile original abundaban poco los enguatados y los postizos, se habían relegado al olvido los específicos de las unguentarias de que se burlaron Marcial en Roma y Argensola en la villa y corte, y sólo se permitía el ingreso en el salón á los que dijeran verdades como templos y claridades como puños.

Mi amigo topó al entrar con la señora de la casa, y hallándola nariguda, vieja y fea, la saludó como á *la reina de las aves nocturnas*.

Ella, en cambio, le midió de alto abajo con sus pupilas redondas y pequeñas, y contestó al piropo haciendo notar que mi amigo tenía por dientes negros cimarrones, y mercenarios puestos en fuga.

En el centro del salón no pudo decir una verdad más, ni escucharla de labios ajenos: tuvo que taparse las narices para no soportar el olor de los perfumes, que cerraron los ojos para no sorprender las miradas provocadoras que se dirigían las parejas, que ponerse las palmas de las manos en las orejas para no oír la partitura que destrozaba una bellísima aficionada y, en fin, que cerrar la boca para que no le repitiesen una y mil veces que tenía los dientes feos.

No hay que decir que mi amigo despertó sofocado bajo las sábanas y con la almohada por chichonera.

El baile había durado treinta segundos: poco más que si hubiera sido realidad su estrambótico sueño.

Que la humanidad anda disfrazada todo el año es una verdad de Pero Grullo que de puro sabida solemos olvidar frecuentemente.

Estamos cansados de ver hacer el oso, el sabio, el pollo y el mameuco. Los disfraces cursis son aquellos que nos parecen sublimes en la soledad de la alcoba: *Beatrice* y Dante, Pilades y Orestes, Hamlet y Ofelia han pasado al estado de guarderapia averiada.

El barro ó el polvo que se oculta bajo una toga es tenido por barro ó polvo docto; el que se tapa con terciopelo ha de ser mirado con envidia; el que va envuelto en pergaminos y áureas mallas ha de resistir, como el Cid, todos los botes de lanza.

La sociedad ha resuelto disfrazarse todo el año con los figurines que vienen de París y no necesita para nada trajes olvidados ni históricos.

Sólo en los días de Carnaval se permite llevar la ceniza en la frente y arrojar la careta.

BENITO MAS Y PRAT.

Sevilla 1883.

LA MESA REDONDA

Estamos en un sitio pintoresco del Norte, y tenemos sábanas de verdura, arbolado que se mete en casa, nieblas diáfanas y jirones de cielo y de mar. El sol es un sujeto aquí codiciado; jugamos con él al escondite y se le pilla rara vez. La humedad que trasciende á nuestros huesos, es sana; el reuma que aquí abunda, se tiene por exótico; se le suda en el centro del día, pero para dormir, nos echan manta. Las aguas son una bendición; las hay de varios géneros ferruginosos, habiendo sufrido el análisis *cualitativo* y *cuantitativo*, y resultando que dan nueva dirección á la energía vital, ocasionando una íntima trasmutación, útil á todos los estados morbosos.

¡Pasma la gente que ha venido á baños! Está atestado el *Gran Hotel*. En un cuarto habitan varias familias. A un inglés le han puesto la cama en la despensa: otros viajeros se elevan al camaranchon. Muchos se van por no haber alojamiento: otros se acomodan provisionalmente en los rincones de los pasillos esperando vacante. Los turnos son breves; incesante el llegar y el partir. El ómnibus mete bulla á la puerta, tomando ó dejando carga: los caballejos sudan fatigados por el viaje de ida y aún más por el de vuelta; como que las gentes que entran en esta casa, salen gordas. La cocina y la mesa redonda tienen fama. Se come mucho y bien.

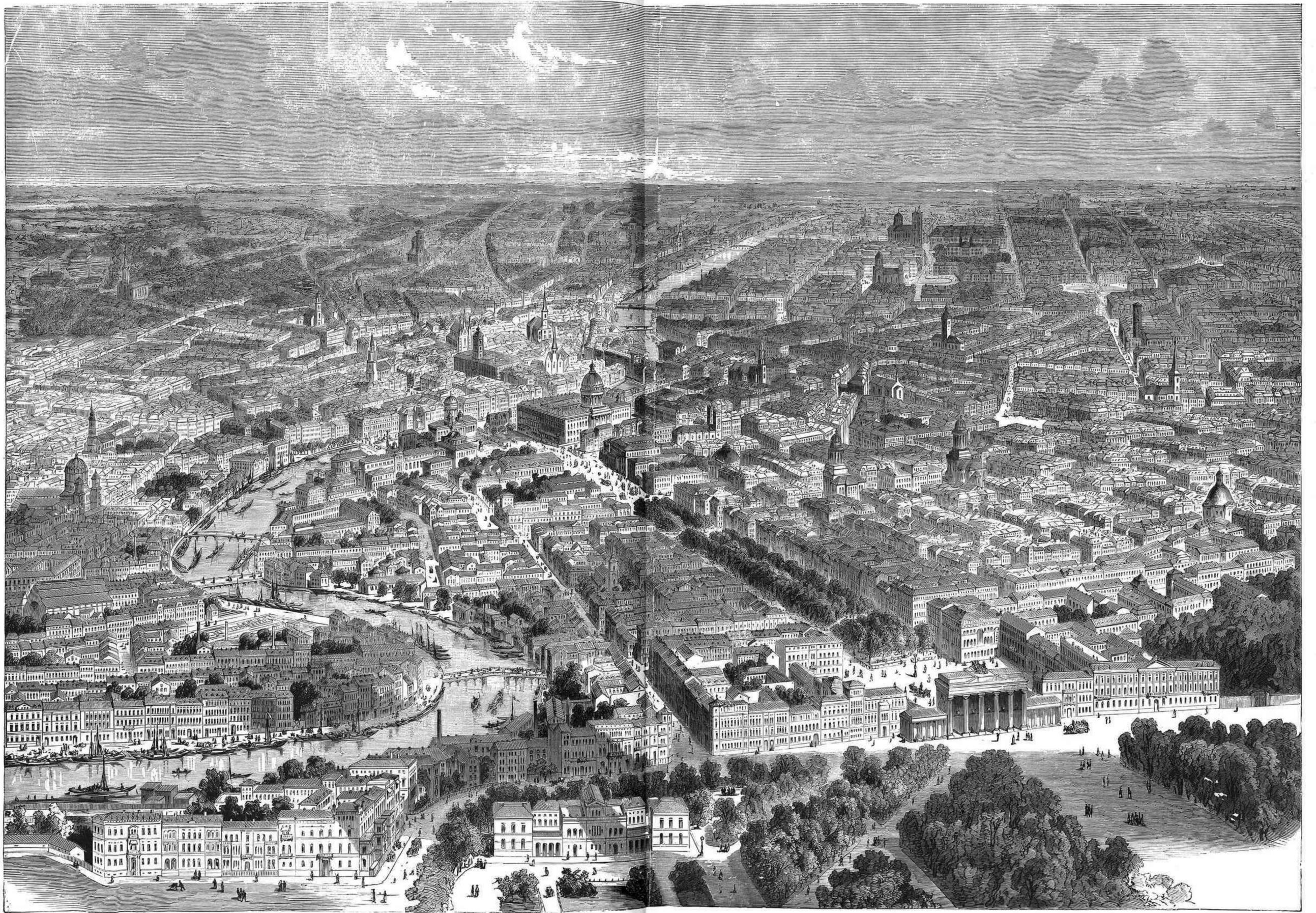
Hace rato dió la una, hora de la comida. Las horas de refacción son aquí muy diligentes: se pisan los talones unas á otras; vivimos con el bocado en la boca, y siempre tenemos gana. El esquilon de aviso ha dado tres toques y ahora repica el cuarto, porque las damas se descuidan y los señores no bajan, esperando á las señoras. Se estarán vistiendo: es su ocupación favorita; mudando trajes se divierten. El cabello, en baños, da mucho que hacer: para que no se enrede, anda suelto ó en trenzas de niña boba, y no se recoge hasta la tarde. Además es de mal tono acudir cuando nos llaman, y de bueno hacerse esperar. El que llega tarde es más notado y por tanto más notable. El movimiento nos avisa de que el festín empezó. Los miasmas culinarios embalsaman la atmósfera: la cocina desparramada por la casa, penetra en todos los olfatos. Huele á muchas cosas juntas; trascienden aperitivas emanaciones y condimentos que hacen cosquillas en el gusto, anticipando alivios del estómago y recreos del paladar. Chocan los platos; las cucharillas resbalan sobre las porcelanas: hay precipitados de manos y de piés. Los camareros con mandil blanco y camisa morena, describen su órbita, satélites del dios Pan. Los bañistas con sus apetitos impacientes, acuden al plato, al advertir que la mesa redonda no es redonda, ni cuadrada, ni de esas que se llaman de herradura: forma un rectángulo de tres cuerpos, y en su inmensa planicie, yacen tendidos y en correcta formación, vajilla, cristalería, cubiertos, servilletas, jarrones con dalias y flores que se renuevan una vez á la semana, fruteros colmados de peras verdinas y ostentosas; queseras con quesos pasiegos; entremeses de aceituna microscópica y manteca fresca; vinagreras y saleros abundantes; caprichosos palilleros sin palillos, y un páncillo descolorido y esmirriado, por plaza.

La campana enmudeció y los congregados, ya en su puesto, callan también. El primer envite de una mesa lo llena todo; la atención y la necesidad. Solo se oye el *tiqui, tiqui* de la cuchara y el *chácla, chácla* del mascar. Se han contado nuestras fuerzas, y arrojan un contingente de 72 bocas con otras tantas máquinas dentarias é igual número de aparatos digestivos; bocas llamadas de espuerta y otras de piñon; chicas y grandes, naturales y postizas; de niños y adultos, militares, clérigos y laicos, mujeres y señoritas, que ejercitan el primer acto de la vida, el suceso más grato y de la más pura fraternidad. La sopa humea y sube y baja el cucharón de cacillo, repartiendo el succulento caldo de aves disueltas y sustancias desconocidas, donde danzan partículas *ininteligibles*. ¡Y vaya si trae rayos el *consomé!* Viene tan fogoso que no hay laringe ni esófago que le resista. Levanta ampolla en la lengua y escalda las entrañas del ansioso comensal, afanado por soplar y sorber á la vez. Tales son los preliminares de la ingurgitación.

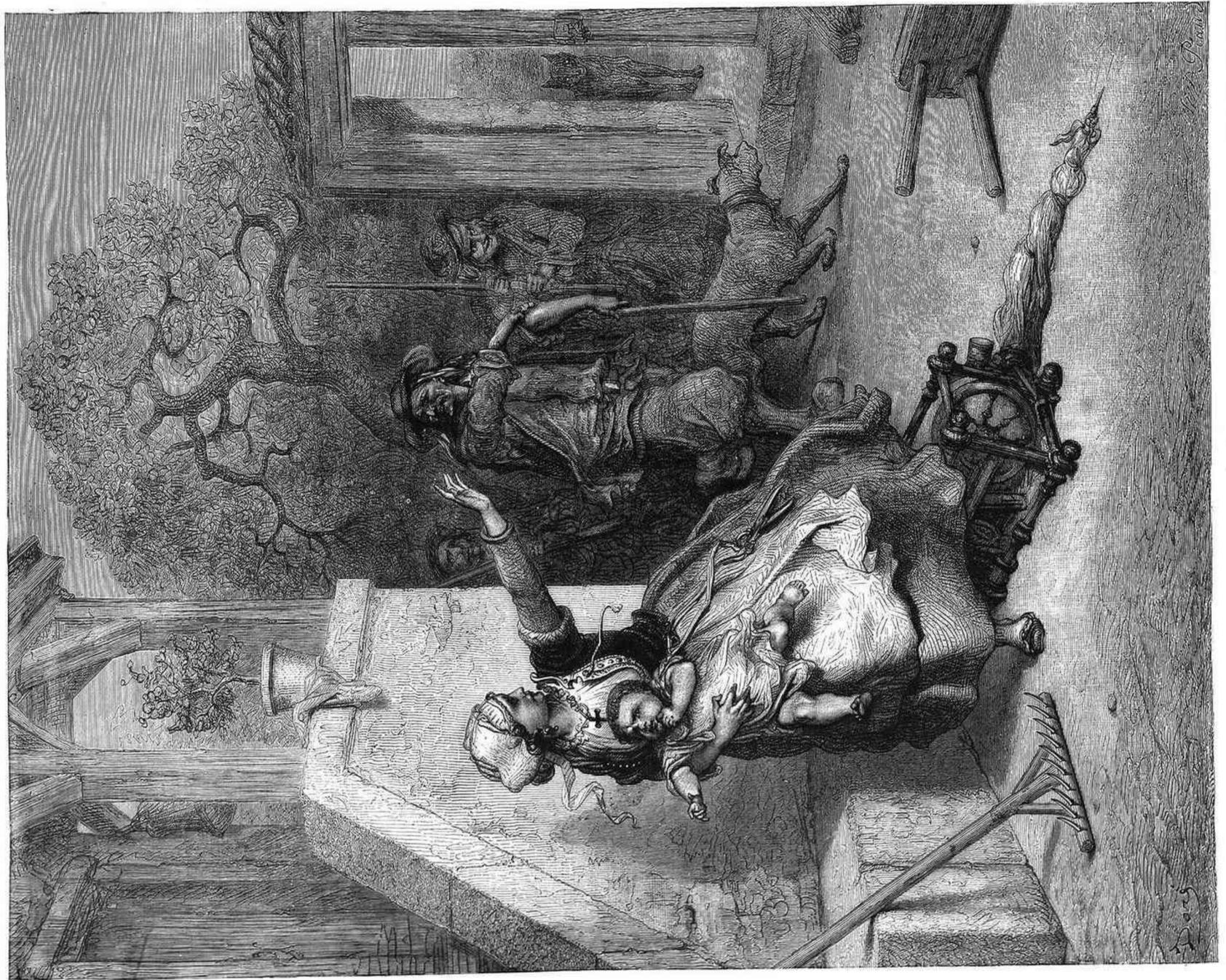
Doña Clotilde que acude á la mesa, tarde como de costumbre, y que de ordinario tiene descoloridos los mofletes, se ha puesto morada con la prisa que emplea en la deglución, para no quedarse atrás.



EN EL CORSO, cuadro por M. Lovatti



BERLIN Á VISTA DE PÁJARO



LAMINAS DE LAS FABULAS DE LAFONTAINE, dibujo de Gustavo Doré

Su vecino D. Doroteo, médico de aldea, y curioso investigador de fenómenos patológicos, la dispara el discurso del día, sobre los peligros de la asfixia por impremeditación é ignorancia de las reglas fisiológicas é higiénicas.

Un cura bendice, reza y traga para sí. El familion de un Marqués cuyo título nadie cita, se presenta con la dignidad de su clase. La señora es heredera de un príncipe de Italia, según tuvo buen cuidado de anunciarnos la mujer del fondista.... Más allá están dos hermanos que parecen gemelos, distinguidos por ser los últimos que se quitan la gorra. Serán ricachos ó caballeros palurdos, por su traza. Hablan por lo bajo, y su frase parece bastante acentuada. El señor de Morrucco, viaja con su esposa y con un sobrino de ésta. Marcelina tiene veinticinco años; el sobrino otros tantos, y el marido setenta. Morrucco está delicado, muy delicado, apenas baja al comedor, y cuando baja, apenas come. Ella sí, y bien que la cuida su pariente, para cumplir los encargos del marido, que siempre le está diciendo:

—Muchacho, ya que yo no puedo haz mis veces para que nada falte á tu tia Marcelina, que bien desgraciada es, por haberse casado con un mueble como yo. Y el muchacho contesta llamándole papá por cortesía:

—Esté V. tranquilo, papá, que mientras yo esté á su lado, nada apetece que no tenga, Marcelina.

Y Marcelina añade:

—Mira, Morrucco, por mí no te preocupes, pues mientras yo cuido de tu salud, Emilio se desvivé por complacerme. Lo que siento es que no puedas bajar á la playa para vernos nadar juntos. Emilio es un pez.... y ya me ha enseñado á tenderme en el agua sin más que mover un poco las palmas de la mano. Pero, hijo mio, hoy habia mucha *resaca*, el mar me iba tragando, cuando Emilio me agarró como quien coge un fardo, y me arrojó á la arena, recibiendo un aplauso general de los bañistas, que todos menos yo, entran en el mar con bañero. Le debes mi salvacion: dale las gracias. Y Morrucco sin inmutarse, da á Emilio un golpecito en el hombro, exclamando:

—¡Ah, valiente!

Y así sigue y se hace general, la conversacion en la mesa.

—Niña, no cierres la boca para comer, dice la señora de Arisco á su pollita. ¿No ves que en boca cerrada no entran moscas? Lo comprendo. Señores, esta chica está llena de aprension desde que pilló una pulmonía, y todo su afán es taparse la respiracion por temor de que se la cuele un aire. El doctor le ha dicho que todos los males entran por ahí, y ni come, ni habla, ni pabla, ni se divierte, ni se viste, cuando está de temporada. En invierno sí, cuando va á los bailes; que la pongo bien ligera con el descote bajo y la falda corta, pero la boca siempre tapadita con pañuelos muy finos, que me los pone hechos un trapo, y ya ha destruido muchos de encaje, entre ellos uno que perdió en la embajada de Honduras, y que valía mil pesos tirados á la calle.

—Calla, mamá, calla, dice la chica, que si me haces hablar, me va á entrar la pulmonía.

Al lado hay otra señora muy peripuesta, con peluca y cejas al temple, y que ha traído de Rioseco á su hija, quien tuvo una fuerte pasion de ánimo y necesita tomar aires, tomar baños, tomar aguas, tomar lo que se presente. Sagrario se llama la enfermita, que representa un caparazon de ave, sostenido por cuerdas de nervios: charla por los codos con las vecinas de comedor; contesta á las sonrisas de los hombres y á la curiosidad de las mujeres, defendiéndose del chaparron de interpelaciones, con gran soltura, porque es lista y no se corta la muchacha de Rioseco.

—Sagrario, ¿hay apetito?

—¡Mire V., me he puesto casi un pollo!

Tomasito que está enfrente, se da por aludido.

—Yo me hubiera puesto una polla entera; pero están en los huesos!

—¿Quién se lo ha dicho á V.?

—Yo, que las he visto esta mañana.

—¿En dónde?

—En la caseta.

Y todas se echan á reir.

—Sagrario: ¡que lo oye mamá!—dice una.

—¡Cá! si es sorda; y oye menos cuantas más voces se le dan.—A mí, por la costumbre, ya me entiende. En casa tiene trompeta y trompetilla; dos de oro y una de plata; pero de viaje, dice que no la importa quedarse en ayunas.

—Sagrario: ¿es V. hija única?

—Única del último matrimonio, porque la mamá ha estado casada tres veces, sino que hoy está viuda. Tengo siete hermanos de otros padres, pero no me trato con ellos por cosas de familia. Puede

decirse que somos solas, y que no carecemos de nada, pues con lo que el papá me dejó, en granos, tenemos de sobra.

—Sagrario; ¿está V. muy mimada?

—Por la mamá todo lo que puede, porque como la falta el oído, no sabe muchas de las cosas que me pasan.

—¿Pues qué le pasa á V., Sagrarito?

—¡Ay, hija, bien jóven empecé á sufrir! Faltó el papá y como la mamá no se enteraba de nada.... y me quedé sola, y no tenía qué hacer, porque en mi casa los criados, de tantos como hay, estorban, me entregué á las novelas. Un hijo del Juez de primera instancia me las traía á carros, y leí tantas, que hija, vamos, me volvieron tarumba.

—Sagrario; ¿y qué tal el hijo del Juez?

—¡No me le nombre V. por Dios! contestó exaltada. Y añadió:—Ya lo ha oído la mamá, por casualidad.—Y la mamá refunfuñaba, tirando de un alon de pollo:

—¡Si la hablan de él se vuelve loca! Se declaró, me la pidió, se hizo el *truchó*, y el infame, huyó. ¡Y gracias á que la niña no ha perdido el apetito! ni los bienes que heredó de mi tercer difunto, que son muchos, por lo cual no la faltarán nunca proporciones.

En esto, se oye una repulsa parecida á un graznido, de un comensal rumiante cuyas murmuraciones al fin estallan.

¿Quién ha de ser? D. Meliton, mozo de un almacén de harinas, que ha llegado á fabricante. Dice que padece del estómago y que todo se le aceda, pero nunca ve saciada su hambre canina. Pelea con su sombra, está siempre con humor de hereje y resabios de capataz de brigada, y la pega con la comida, con los que la sirven, y sobre todo, con el cocinero, que según él, no tiene vergüenza ni paladar.

—¿Qué pescado es este?

—Se ignora, contesta el mozo, harto de oír todos los días la misma pregunta.

—¡Corrocones! dice un adlátere.

—¡Bien podía el cocinero haberles quitado las espinas!

D. Meliton se atraganta: sopla, escupe.... ¡Ya se clavó una!

—Beba V. agua!

D. Meliton se pone verde.

—¡Coma V. pan!

Ahora amarillo.

—¡Arranque V. con fuerza!

No respira: hay alarma en los espectadores....

—Garras.... ¡plaf!

Por fin rompió. Ya traga y puede hablar. Oídele: —¡Así se lleven al cocinero, al amo, al ama y á la casa, dos mil diablos!

—¡Pero, hombre, no coma V. más!

—¡Que se fastidie! y seguía tragando.—¡Qué pescados! y chupaba una raspa.—¡Esto está helado...! y mojaba migas.—¡El vino es campeche!... y desocupaba una copa de medio cuartillo.—¡El pan parece de piedra berroqueña...! y se atracaba de tarugos.—¡Vaya una fonda, y una comida á la francesa! Y para esto paga uno un dineral: ¡siete pesetas diarias! y aparte el café que parece serrín! y media peseta por una copa de Ginebra, que es agua con un poco de espíritu de vino! ¿Pues y la cama? De muelles; que bota uno en ella, como una pelota! ¡Vaya unas modas!

—¡Y yo que estoy perdida de histérico! exclamaba una vecina de D. Meliton á quien llamaban *Doña Escrípulos*. No hay delicadeza ninguna en estas mesas: todo está sucio. El cristal empañado. Los platos descoloridos. La plata de color de plomo. ¡Yo, que acostumbro á tener en mi casa los tenedores y las cucharas en fundas! ¡que gasto servilletas de seda, y que hago al criado, servir con guante blanco! ¡Ay, sufro mucho, mucho!

Un niño gime y refunfuña.

—¿Qué es eso?

—El comandante que ha pegado á su chico un torniscon.

—¡Como que está muy mal educado!

—Al contrario: para educarle le pega, porque hace en la mesa muchas porquerías. Para probar el almíbar, ha metido un dedo en la dulcera y se le ha chupado. Como no le gustan los fideos, ayer escurrió en un vaso el caldo de la sopa y se lo sorbió. Es un chico muy salado: todos los días vierte el salero, y la señora que tiene enfrente se asusta, porque está siempre atacada de los nervios y cree eso de mal agüero.

—¡A mí se me rompió un día, en las manos, un espejo...!

—¿Y qué?

—¡Nada!

—Pues lo de la sal es cierto; porque, verá V. lo que le pasó á una señora de Valladolid que casual-

mente estaba recién casada con el jefe de Fomento. Estando tomando un huevo pasado por agua, cogió unos granitos de sal con la punta del cuchillo y se le cayeron tres ó cuatro en el mantel. Esto era el 10 de marzo, bien me acuerdo. Por el pronto no sucedió nada, pero á poco recibió una carta de Filipinas, en que la decían que habia muerto del cólera, un cuñado del hermano de su suegro, el mismo día 10 de marzo!

—¡Qué horror!

—Desde que supimos esto, no se ha vuelto á gastar sal en casa.

—Ya se conoce,—decía una amiguita por lo bajo.—¡No he visto mujer más sosa!

—¿Han observado Vds.? Ahora acaba de entrar la señora de Infanzón. Siempre llega á media comida.

—No la conocemos, dijeron varias señoras. Como no se digna saludar á nadie, ni habla más que con su niña.

—Pues con la Marquesa, bien charla.

—Con esa sí: ¡como es aristócrata!

—En una carta de un periódico de Madrid, donde se citan los nombres de los personajes que hay por aquí, están los suyos los primeritos.

—¡Claro! ¡Si esa señora será muy conocida!

—Siempre tan tiesa y tan peripuesta; con un gesto que parece que se la debe y no se la paga.

—Y todo lo que lleva no vale dos pesetas!

—Pues á todo saca las pulseras: yo creo que se mete con ellas en la cama.

—Y ella espera alguna noticia importante, porque todos los días pregunta á qué hora llega el cartero, y sale á recibirle como si le trajera el premio grande.

—¿Y la tal señora de Infanzón, es viuda, casada ó soltera?

—¿Soltera? ¡Si tiene una chica!

—¿Y el papá ausente...?

—¡Música, música!

Oyense arpegios, y todos vuelven la vista. Es el jóven napolitano del otro día, que derrama un torrente de sonoridades. Trás una serie de afinaciones y preludios, rompe con un tango á la italiana, y hay señoritas que balancean su cuerpo mientras comen.

—Toca muy bien!

—Y es guapito!

—Este tango le toca Teresita al piano.

—Esta noche, tiene V. que tocarle en el salón.

Y Teresita contesta con un mohin:

—No toco sin papeles.

—¡Ah! Esta polka la conozco yo! dice tristemente Sagrario.—¡La bailaba con él!

Y su mamá que no se habia fijado en el arpista ni en la música, dice á su hija:

—Chica, oigo así, como si tocaran campanas á lo léjos.

—¡Oye campanas y no sabe dónde!

—¡Qué hermoso es este coro del *Profeta*!

—Pero tropieza....

—Lo lleva muy de prisa....

—Pone muchas *floritures*.

—¡Arma un alboroto con el tal instrumento!

Y el inglés que permanecía mudo, y escuchando atento, con la boca llena, parece que se atraganta y al oír la tempestad de calumnias á los grandes maestros, que rugen en el arpa, exclama:

—¡*Cagamba!*

—Si esto es *Profeta* no lo conoce ni el mismo Meyerbeer.

—¡Es un gusto tener en casa la ópera!

—¡Se puede viajar sólo por comer con música!

—Hay la ventaja de que se olvida uno de lo que come.

—Yo no me olvido ¡pañó! replica D. Meliton. Tan buena es el arpa como la comida. ¡Reniego de la música!

El napolitano le presenta el platillo. Todos los caballeros han echado su moneda.

—Ahí van cinco céntimos, dice con un bufido. No vale eso más. Estos italianos son más holgazanes... En España se gana el dinero sin meter ruido.

El bello sexo oye al caribe harinero con indignacion.

—¿Quién será ese caballero tan mal humorado?

—Un rico que padece tres ó cuatro enfermedades y viene de Ontaneda, de la Hermida y de Solares.

—Cuando tanto se queja de todo, vivirá muy bien en su casa.

—¡Cá! en un molino. Así está pasado del reuma.

—Será rico; pero él ha venido en el tren mixto. Le he visto yo.

—Hija, ya ninguna persona decente viaja más que en el *expres*.

—Nosotras hemos traído un *reservado*.

—Nosotras un *spelincár*, dice enfáticamente la

señora de Arisco. Y la niña ha venido siempre acostada y con la cabeza tapada para que no la diera el aire.

—Es tontería, no se puede salir de casa, sin ir arrojando dinero. En eso se conoce la gente fina.

—Hay que tomar de todo, lo mejor y no mirar si cuesta una onza más ó menos.

—Yo, dice la señora de Morrueco, cada vez que abro la mano es para dar una moneda de cinco duros. Llevo desparramadas más que pelos tengo en la cabeza. Mi esposo es atroz para eso. Si no gasta, cree que no se divierte.

Estamos en los postres, momento que parece oportuno para vociferar fanfarrias y escupir por el colmillo. Cunde el contagio y en aquella sociedad abigarrada, relumbran oropeles transitorios. Todos parecen banqueros ó duques. Todos se engrien y regodean, viendo su nombre puesto en un cuadro, en la portada del Hotel. Todos cantan sus glorias y grandezas á unísono, y procuran destacar en el cuadro, sobre los demás. Saquemos la consecuencia de estos últimos jirones de la conversacion de sobremesa. Los rezagados tendidos en la silla, y accionando con el palillo de dientes, ó izándole en la boca, como en señal de haber comido, departen así:

—Esta noche hay concierto en el Casino. ¿Irán ustedes?

—Lo malo es que se acaba tarde, y como no he traído el coche.... pero hay que ir.

—Yo tambien me he dejado los coches por allá, dice un cesante que ha venido á distraerse.

—¡Ahí está mi corsetera que no falta á ninguna diversion!—dice doña Lucía, señora obesa que nadie sabe donde tuvo el talle.—En la *velada* del juéves estaba á mi lado y parecia una persona de clase.

—¡Y mi sastre, tambien está en todas partes! añade el jóven Olivenza. Ayer ganó delantito de mí, cerca de quinientos duros, en diez minutos. Es claro, jugando los sastres se deshonor el juego!

—Desengañense ustedes,—repuso el Marqués, perfumando con sus soplidos de humo habano, el rostro de los circunstantes,—en saliendo uno de quicio, y dejando sus salones, por estos corredores alumbrados con petróleo, todos somos iguales. ¿Quién dirán ustedes que es esa señora alta, que come al lado de mi mujer codeándose con la descendiente de los príncipes de Novara? Una prestamista de la calle de las Urosas. ¡Toma! y ayer tuvo valor de decir á la Marquesa, porque la Marquesa repetía lo que todos, que aquí está todo muy caro; que si nos hacía falta dinero que no nos apuráramos, que ella tenía letra abierta en no sé cuántas casas de comercio. ¡Habrás visto insolencia! ¿Y cuánto dirán ustedes que paga por ella y por su doncella? ¡Diez duros diarios!

—*Señoges*,—dijo el inglés.—A la *plágia*, á la *plágia*, que *ahoga estarg belo el marg!*

Y en efecto, todos aquellos señores se fueron á dormir la siesta. A la hora de cenar, muchos habian desaparecido de la escena: la locomotora ó el vehículo, arrastraba á cada cual, á su centro comun. En la mesa redonda se obtuvieron varios ascensos hácia la presidencia. En la cola se destacaban, como brillantes al rededor de un marco, una docena de caras y bocas nuevas. Muchos de los salientes se fueron sin despedirse, lo cual no es de extrañar, si se recuerda que tampoco al entrar saludaron.

Y muchos eran tan finos, tan alegres, tan simpáticos. Náufragos de la casualidad, la ola que les trajo se les lleva. Trasunto de la vida social, la mesa redonda, es el mundo donde llegamos, nos amamos y nos aborrecemos, comemos juntos en fraternal banquete, y desaparecemos para no vernos más.

—¿Recuerdan ustedes bien á todos los que comíamos y bebíamos estos días?

—Setenta, noventa, ciento. ¿Quién los cita, uno á uno? La mesa nivela al género humano. El hambre todo lo puede. Nada más elocuente que la igualdad del plato. Bajando la Marquesa y subiéndola la corsetera, se encuentran en la misma línea.

—¡El inglés era un sabio!

—Y no lo sabemos, hasta que le hemos perdido de vista.

—D. Meliton, el de los molinos harineros, pásmense ustedes, tiene cinco millones de renta!

—Pues por la facha y el apetito, parecia un pobre.

—La prestamista que tenía letra abierta en todos los Bancos, la vieron salir de la ruleta....

La atmósfera de última hora es muy densa. ¡Se saben tantas cosas!

—¿Querrán Vds. creer que la señora sorda que tenía en su casa trompetillas de oro y plata, no traía más equipaje que una sombrerera?

—Pues *Doña Escrípulos* la de los tenedores con funda, dió para cambiar, un billete de veinte duros falso.

—¿Y la superabundante señora de Infanzon?—dijo Tomasito bajando la voz.—Se despidió esta tarde y dejó en prenda, para pagar el hospedaje, las pulseras.

—Y ustedes no saben lo mejor,—añadió Olivenza,—que las pulseras eran de *doublé!* La siguieron al tren, y ya se había largado con un francés que vino á esperarla.

—¡Veusted!—dijo Doña Lucía.—Y la marquesa no hablaba más que con ella, porque como era fina,—y recalcó la frase,—y nosotras somos ordinarias...!

La señora de Infanzon llegó á Madrid en una berlina cama, y en la estacion se separó del francés.

—¿Dónde has estado?—le decían las amigas.

—En las playas del Norte, en el *Grande Hotel!*

—¿Y qué tal el mar?

—¡Admirable!

—¿Y el hospedaje?

—¡Magnífico! *Gran confort!* ¡*Gran din!* ¡Y muy barato! ¡Muy barato!

FERNANDO MARTINEZ PEDROSA

CRONICA CIENTIFICA

DISTANCIAS CELESTES

II

Terminábamos nuestro precedente artículo anunciando, que el paso de Vénus por delante del disco solar ofrece uno de los mejores medios, que posee la astronomía para el cálculo de la paralaje del sol, y que en último análisis una paralaje es un ángulo; pero ¿qué ángulo es éste y de dónde resulta su importancia? agregábamos, y hoy debemos contestar á una y otra pregunta.

Imaginen nuestros lectores, que se traslada un observador al centro de la masa solar, y que desde tal y tan abrigado observatorio, dirige su vista á este globo terráqueo que de morada nos sirve y que con su jugo nos mantiene. La hipótesis es atrevida, pero más atrevidas hipótesis formula la ciencia, y si no las realiza, sabe averiguar con admirable exactitud, cómo pasarían las cosas, si se realizasen por arte maravilloso tamaños prodigios.

Un observador, desde el centro de aquel astro, decimos, si el calor no le molestase, si la ígnea masa del sol fuese trasparente, y si además poseyera en el cristal de sus ojos algun mecanismo de gran sutileza para medir ángulos, vería nuestro globo terrestre bajo una abertura pequenísima de unos 17"; y por las explicaciones dadas en nuestro anterior artículo sabemos lo que significa esta magnitud angular de diez y siete segundos y algunas décimas y centésimas de segundo.

La mitad de este ángulo es precisamente el que toma el nombre de *paralaje*, y así suele decirse, aunque con notoria impropiedad geométrica, que la paralaje solar es el ángulo bajo el que, un observador situado en el centro del sol, vería el radio de la tierra á la distancia media de su órbita.

Las personas ajenas á esta clase de estudios caminarán de sorpresa en sorpresa al oír, que todo el interés, el principal interés, por lo ménos, del paso de Venus estriba en que da modo fácil de calcular, de qué tamaño vería nuestra tierra un viajero, que fuera á colocarse por singular capricho en el centro del astro del día; y si tales personas alguna vez sospecharon, que matemáticos y astrónomos tienen algo de enajenados, con esta última averiguacion tendrán por certidumbre su sospecha y á semejante gremio de sabios por ilustre plantel de privilegiados dementes.

—¡Gastar millones de francos! ¡hacer penosos viajes! ¡consumir noches y días en penosos cálculos! y todo para saber, con algunas centésimas de segundo de aproximacion, bajo qué ángulo se vería en el cielo el diminuto disco de este pobre planeta que pisamos, desde el inaccesible, impenetrable y abrasado centro de una masa, que según los más parcos tendrá 2,000 ó 3,000 grados de temperatura y según otros 20 ó 30,000 grados!

Estupendo capricho! En verdad que todo esto, si no es broma, es delirio, digno de atencion, por lo que interesa al reposo de las naciones civilizadas ver en qué concluye esta furia de medir paralajes.

Pero es el caso que el ángulo de que se trata, *esa paralaje solar*, ese tamaño en abertura, de nuestra tierra contemplada desde el centro del sol, da un medio sencillísimo para determinar con gran exactitud relativa la distancia del sol á la tierra, de la cual pueden deducirse con facilidad suma las demás distancias celestes, y esto hace cambiar de todo en todo el problema.

Pero ¿cómo por tal ángulo se obtiene tal distancia? Veamos si hay manera de que nuestros lectores comprendan el mecanismo de esta solucion, y para ello acudamos á un ejemplo.

Todo el mundo tiene idea de lo que es una línea horizontal, y por la práctica de las carreteras, y de los caminos de hierro, y aun de las corrientes de agua, todo el mundo sabe tambien lo que es una línea en pendiente.

Pendiente de *uno por ciento*, se dice, por ejemplo, cuando por cada cien metros de longitud se sube uno, y así para los demás casos; de modo que saber lo que se camina es saber lo que se sube, y saber lo que se sube es tanto como saber lo que se camina. A dos metros de su-

bida, doscientos de longitud: á tres, trescientos; y así sucesivamente.

Pues supongamos que con la imaginacion se forja, el que estas líneas recorra, un agudísimo triángulo formado por tres líneas, que sean las siguientes:

Una, la que va del centro del sol al centro de la tierra.

Otra segunda, la que puede imaginarse desde el centro de aquel astro á la superficie terrestre en direccion tangencial.

Y la *tercera*, la que del centro de nuestro globo va al punto de contacto de la anterior con la superficie terrestre.

Y ahora, sea la *primera* la rasante de un camino: la *segunda* la horizontal del mismo; y la *tercera*, ó el radio terrestre, lo que la rasante sube sobre la línea de nivel.

Conocer la paralaje, ó sea el ángulo de las dos primeras, es conocer por un cálculo facilísimo la pendiente de este fantástico camino por donde va nuestra desatentada imaginacion y por donde pretendemos llevarnos al sedudo lector.

En una circunferencia completa se consideran 1.296,000" como decíamos en nuestro último artículo, ó sean 12.960,000 décimas de segundo, y como la longitud de esa circunferencia, si suponemos su radio igual á *un metro*, es 6",28318, la extension del arco de una décima de segundo se hallará dividiendo este número por aquel; y multiplicando esta cifra por 88 décimas de segundo, que es el valor aproximado de la paralaje, tendremos lo que se separan en un metro las dos primeras líneas de nuestro triángulo, ó lo que una de ellas, considerada como rasante de un camino, sube respecto á la otra que puede representar la horizontal.

Resulta, pues, conocida, la altura de aquella línea sobre esta á la distancia de *un metro* del centro del sol; pero al llegar á nuestro globo esta altura es el radio terrestre, longitud que por estar en nuestros dominios podemos medir y conocer; luego *tantas veces como dicho radio contenga á la altura anterior, tantos metros de distancia habrá entre nuestro sol y nuestra tierra.*

Esto con una figura sería facilísimo de comprender, y aún sin ella algo habrán vislumbrado nuestros lectores. Pero siempre queda en pié esta dificultad y este problema: ¿cómo se mide la paralaje solar?

Question delicada y que por su complicacion no tiene cabida en estos artículos; pero ya que no la resolvamos, otra más general vamos á resolver; precisamente la que sirve de epígrafe á nuestro trabajo.

¿Cómo se miden, cómo pueden medirse distancias celestes?

No se trata ya del sol, sino de cualquier astro: la luna, el sol mismo, un planeta, una estrella.

Problema, que á primera vista parece imposible, porque al sentido comun imposible le parece medir lo que no está á nuestro alcance, y que sin embargo como posibilidad teórica es en extremo sencillo, aunque en su realizacion práctica no siempre lo sea.

Lo planteamos, pues, en los siguientes términos: *medir la distancia de la tierra á un astro cualquiera* y lo resolveremos en el artículo próximo.

JOSÉ ECHEGARAY.

NOTICIAS VARIAS

INDUSTRIA ARENERA.—En la costa del norte de Long Island hay empleado un capital considerable en la industria de la arena, que en los Estados Unidos prospera cada día más. Hace cuatro años sólo se ocupaban en ella ocho industriales, con un capital que no excedía de 400.000 pesetas; actualmente este capital pasa de 10.000.000 de pesetas. De los más recientes cálculos resulta que cada día se extraen de la costa 4.500 toneladas de arena; los buques cargan á todas horas, sin exceptuar las de la noche y conducenla á todos los puntos del territorio, donde se emplea en las construcciones. Sólo el puerto de Washington obtiene con esta industria un beneficio anual de 500.000 pesetas.

* *

En el monte Etna, en Sicilia, hay un añoño castaño que ocupa en su base una circunferencia de 64 metros. Unos le han atribuido 4000 años de edad, otros 2000, pero según un nuevo exámen, este gigantesco árbol no debe pasar de 860. En Italia hay otros muchos castaños notables por sus dimensiones, sobre todo el de Montemiata, en Toscana. Casi todas las provincias italianas cultivan este árbol y en especial las de Sondrio, Luca y Génova, cosechándose anualmente cerca de 5.800.000 quintales de castañas. La exportacion asciende cada año á 70.000 quintales que dejan un producto de unos dos millones de pesetas. Las castañas de Coni pasan por ser las mejores de toda la Península.

* *

COLONIZACION DE LA TIERRA SANTA.—En Boston acaba de organizarse una Asociacion de Misioneros protestantes para la colonizacion de Palestina.

Dicha sociedad se propone enviar á ese pais cristianos laboriosos y activos, que por su trabajo, inteligencia y perseverancia procurarán devolver á Palestina su antiguo esplendor, convirtiéndola en centro del mundo, no sólo geográficamente hablando, sino bajo el punto de vista del arte, de la ciencia y de la riqueza.

Créese que con una buena administracion se podrá

poner el suelo en el mejor estado de cultivo, desarrollar los recursos minerales y establecer industrias mecánicas, entablado vastas relaciones comerciales con los demás países.

La Asociación se propone organizar una línea de vapores entre Boston y Palestina, y emprender negociaciones para la adquisición de buques convenientes.

* *

LOS FAROS EN LAS COSTAS DE FRANCIA.—Se ha resuelto iluminar con luz eléctrica cuarenta y dos de los faros más importantes del litoral francés.

Los gastos se evalúan en una suma total de 5.000.000 de pesetas, que se repartirán en un período de ocho años. Para el primero se ha votado la cantidad de 150.000 pesetas, y para el segundo año se pedirán 700.000.

El faro del Cabo Grisnez, situado entre Calais y Boulogne, debe ser el primero a que se aplicará el nuevo sistema de alumbrado.

NOTICIAS GEOGRAFICAS

PORTUGAL EN EL CONGO.—El diario de Lisboa *O Commercio de Portugal* dice lo siguiente:

«Aún no tiene un carácter definitivo el reconocimiento por Inglaterra de los derechos de Portugal en el Congo. Lo que se sabe en Lisboa del convenio por el cual se reconocen estos derechos, es que Portugal cede a Inglaterra el fuerte

de San Juan Bautista de Ajuda, y obligase a ocupar desde luégo Cabiuda y Molembo, así como diversos puntos de la orilla izquierda del Zaire.»

* *

NUEVOS TERRITORIOS EN AMÉRICA.—La region comprendida entre los límites occidentales del Manitoba y la frontera oriental de la Colombia Británica se ha dividido en cuatro territorios, designados respectivamente con los nombres de Assiniboina, Saskatchewan, Alberta y Athabaska.

* *

DESVIACION DE UN RIO.—Segun escriben a la *Gaceta de Laussana*, parece que Suiza acaba de adquirir mayor extension a expensas de Alemania. El rio Wutach, cuyo álveo forma el límite entre los dos Estados, cerca de Unterhallen-Wunderclingen, ha cambiado su curso con motivo de las últimas inundaciones, y despues de romper los diques, ha socavado un nuevo lecho a varios centenares de metros del antiguo.

* *

LAS ISLAS INGLESAS DE SANTA ELENA Y DE LA ASCENSION.—La isla de Santa Elena está situada en el Océano Atlántico entre los 15° 54' y 16° 1' de latitud



Reproduccion de un grabado sobre acero, dibujo de Gustavo Doré

sur, y los 7° 59' y 8° 8' de longitud oeste, a unos 2.000 kilómetros de la costa occidental de Africa. La superficie es de 12.271 hectáreas; su longitud de este a oeste de 10 millas, y su anchura de sur a norte de 6; las costas se distinguen por su mucha altura. La isla está atravesada de este a oeste por una cordillera, cuya montaña más alta es el pico de Diana, que se eleva a unos 825 metros. A cada lado de esta cordillera extiendense dos llanuras; la más dilatada, la de Longwood, tiene 1.500 acres de superficie. El país está bañado por numerosas corrientes de agua.

El clima de la isla es templado y poco variable; el termómetro marca de 20 a 22° centígrados en verano, y de 14 a 21° en invierno. Jame's, cabeza de distrito de la isla, está situada en la costa noroeste.

La Ascension es otra pequeña isla del Océano Atlántico, situada a 1.550 kilómetros al sud sudoeste del cabo de las Palmas y a 900 al noroeste de Santa Elena, entre los 7° 53' 15" y los 7° 53' 21" de latitud sur, y los 16° 38' 34" y 16° 45' 59" de longitud oeste.

La isla, de formación volcánica, tiene una superficie de 38 millas cuadradas; su mayor diámetro de este a oeste es de 9 millas y media, y el menor, de norte a sur, de 7 y media.

La isla de Santa Elena, descubierta por el portugués Juan de Nova Gastella el 21 de mayo de 1501, día de la fiesta de Santa Elena, fué ocupada sucesivamente por los holandeses y los ingleses, quedando definitivamente en poder de estos últimos en 1673, cuando reinaba Cár-

M. Félix Capello, que le ha visitado, dice que se asemeja a un obelisco de descomunales dimensiones, destacándose en medio de un país abandonado y maldito, en un suelo completamente abrasado, ennegrecido y cubierto de cenizas.

Las erupciones de la época moderna se han verificado en 1818, 1846 y 1856.

* *

KIMBERLEY Y SUS DIAMANTES.—Kimberley es ahora uno de los más importantes centros de población del interior del Africa del Sur; esta pequeña ciudad apenas cuenta diez años de existencia, pero las minas de diamantes de que está rodeada han bastado para que se desarrolle rápidamente. La ciudad y su arrabales tienen ya más de dos mil casas; y la población, que resume casi por sí sola toda la de la provincia de Griqualand del Oeste, elevase a 80.000 habitantes, de los cuales 20.000 son blancos. El gran *desideratum* de esta colonia era tener agua en abundancia, tanto para la explotación de las minas como para las necesidades de la población; hace dos años que la municipalidad de Kimberley concedió a una compañía el privilegio para el abastecimiento de las aguas, gracias a lo cual, y terminados ya los trabajos, se proporcionan a la ciudad las necesarias, habiéndose construido una magnífica acequia en el rio Vaal, a pocas millas de aquella.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

los II, quien la concedió a la Compañía de las Indias orientales inglesas. Restituida en 1815 al gobierno británico, este la eligió como lugar de destierro de Napoleon I.

La isla de la Ascension tomó su nombre del día en que los portugueses la descubrieron, el 20 de mayo de 1501; estuvo deshabitada hasta 1815, y sólo abordaban allí los buques para hacer provision de tortugas, que abundan mucho en sus costas.

En la época de la cautividad de Napoleon I en Santa Elena, los ingleses se apoderaron de la isla de la Ascension y convirtieronla en un establecimiento militar, organizando al mismo tiempo criaderos de tortugas.

Segun la estadística de 1880, la población de Santa Elena es de 5.050 habitantes, incluso la guarnición.

* *

LA ISLA DE FUEGO.—Esta isla, que pertenece al grupo de las de Cabo Verde, es volcánica. En las obras científicas rara vez se encuentra alguna ligerísima descripción de su volcan, y sin embargo, es bastante notable: más alto que el Hecla y el Vesubio, aseméjase bastante al Etna.

Situado en el centro de la isla, surge en medio de una llanura de 14 a 15 millas de circunferencia, limitada por una cintura de rocas muy altas, que afectan extrañas formas. Hasta el mismo volcan tiene un aspecto particular: